

trado vuestro ignominioso grupo? ¿Qué habrán supuesto sino que estamos manchados por algún crimen tan horrible, que nuestra presencia en los juegos hubiese sido un sacrilegio que los habría profanado exigiendo expiación; que por este motivo estamos excluidos de la morada de los hombres virtuosos, de su sociedad y de sus reuniones? Y además, ¿no veis que debemos la vida á la precipitación de nuestra partida, si esto es partida y no fuga? ¿No consideraréis como ciudad de enemigos esa en que hubiésemos perecido de retrasarnos un solo día? Os han declarado la guerra. ¡Desgraciados de los que os la declaran si sois verdaderamente hombres! Dominados ya por la propia cólera, les enardece más y más aquel discurso, retirándose en seguida á sus respectivas ciudades, donde cada cual excita á sus conciudadanos y todo el Volscos se subleva contra Roma.

Los generales encargados de la guerra, por consentimiento de todos los pueblos, fueron Atcio Tulo y C. Marcio, el desterrado romano, en el que tenían grandes esperanzas, esperanzas que no defraudó, pudiendo vencerse fácilmente de que Roma debía sus fuerzas, más á sus generales que á sus soldados. Dirigióse primeramente á Circeya, arroja á los colonos romanos y entrega á los volscos la ciudad libertada. Por caminos de travesía gana en seguida la vía latina; apodérase de Satricum, Longula, Polusca y Coriolas, conquistas recientes de los romanos. Después recobra á Lanuvio, y se hace dueño de Corbión, Vitelia, Trebia, Lavicia y Pedum: desde este punto marcha sobre Roma y acampa en las fosas Cluilias, á cinco millas de la ciudad, cuyo territorio saquea. Entre los merodeadores manda guardias que preserven de todo daño las tierras de los patricios, bien porque estuviese especialmente irritado contra los plebeyos, bien que quisiese por este medio

suscitar la discordia en el pueblo y el Senado; cosa que ciertamente habría conseguido, porque las acusaciones de los tribunos animaban contra los grandes á la multitud demasiado exaltada ya; pero el temor del extranjero, este lazo de concordia, el más poderoso de todos, reunía los ánimos, á pesar de la desconfianza y mutuos rencores. El único punto en que diferían era que el Senado y los cónsules no veían otra esperanza que las armas, y el pueblo lo prefería todo á la guerra. Era cónsules entonces Sp. Naucio y Sp. Furio (1). Mientras pasaban revista á las legiones y distribuían tropas á lo largo de las murallas y en otros puntos en que habían considerado conveniente colocar guardias y centinelas, multitud de gente que pedía la paz, llegó aterrándoles con gritos sediciosos, obligándoles á que convocasen en seguida al Senado y se mandase una diputación á C. Marcio. Los senadores aceptaron la proposición cuando vieron vacilar el valor del pueblo. Los legados enviados á Marcio para tratar de la paz trajeron esta dura respuesta: «Si se devuelve su campo á los volscos, podrá tratarse de la paz; pero si quieren gozar en la tranquilidad los despojos de la guerra, él que no ha olvidado ni la injusticia de sus conciudadanos ni los beneficios de sus huéspedes, se esforzará en demostrar que el destino ha irritado y no abatido su ánimo.» Enviados por segunda vez los mismos legados, no fueron recibidos en el campamento; y según refiere la tradición, los sacerdotes, revestidos con ornamentos sagrados, se presentaron suplicantes en el campamento enemigo, sin conseguir, como no habían conseguido los legados, conmover aquel inflexible carácter.

Entonces las matronas romanas acudieron reunidas

(1) Tito Livio omite dos consulados que indica Dionisio de Halicarnaso: el de Q. Sulpicio Camerino con Sp. Larcio Flavio, en el año 264, y el de C. Julio con P. Pinario Rufo en el 265.

á Veturia, madre de Coriolano y á Volumnia, su esposa. Ignoro si este paso se dió á consecuencia de pública deliberación ó si fué resultado del temor á un enemigo. Lo cierto es que consiguieron de Veturia, á pesar de su avanzada edad, y de Volumnia, llevando en los brazos dos hijos que había tenido con Marcio, que fueran con ellas al campamento enemigo, y que, obrando como mujeres, defendiesen con lágrimas y súplicas aquella ciudad que los hombres no podían defender con las armas. En cuanto llegaron delante del campamento y anunciaron á Coriolano que se presentaba numeroso grupo de mujeres, aquel á quien no había podido conmover la majestad de la república en la persona de sus embajadores, ni el sagrado aparato de la religión en la de los sacerdotes, se proponía ser más insensible aún á las lágrimas de las mujeres. Pero habiendo reconocido uno de su comitiva en medio de la muchedumbre á Veturia, que se distinguía por su dolor, de pie entre su nuera y sus nietos, le dijo: «Si no me engañan los ojos, tu madre, tu esposa y tus hijos están ahí.» Conternado Coriolano, lanzóse como loco de su silla y corrió al encuentro de su madre para abrazarla; pero ésta, pasando repentinamente de las súplicas á la indignación: «Detente, le dijo, y antes de recibir tus abrazos, que sepa yo si me acerco á un enemigo ó á un hijo y si en tu campamento soy tu prisionera ó tu madre. ¿No habré vivido, no habré llegado á esta deplorable vejez sino para verte desterrado y después armado contra tu patria? ¿Has podido devastar estos campos en que viste la luz y que te han alimentado? ¿A pesar de tu enojo y tus amenazas, al atravesar nuestras fronteras, no te has calmado á la vista de Roma; no te has dicho: detrás de esas murallas están mi casa, mis parientes, mi madre, mi esposa y mis hijos? Luego si yo no hubiese sido madre, Roma no se encontraría sitiada;

si yo no tuviese hijo, moriría libre en una patria libre. Por mi parte, nada puedo experimentar ya que no sea más vergonzoso para ti que triste para mí, y por desgraciada que sea, no lo seré por mucho tiempo. Pero tú piensa en estos niños, á los que espera, si persistes, prematura muerte ó larga esclavitud.» Oyendo esto, la esposa y los hijos de Coriolano le abrazaron; las lágrimas que derramaban aquellas mujeres, sus lamentos acerca de su suerte y la de la patria, conmovieron al fin aquel corazón inflexible; y después de estrechar á su familia en sus brazos, las despidió y marchó á acampar más lejos de Roma, haciendo salir en seguida las legiones del campo romano y pereciendo víctima del odio que promovió en contra suya. Otros refieren de distinta manera su muerte. Fabio, el historiador más antiguo de todos, dice que vivió hasta edad muy avanzada; al menos refiere que repetía con frecuencia al fin de su vida: «El destino es mucho más penoso para el anciano.» No envidiaron los romanos á las mujeres la gloria que acababan de conseguir; tampoco se conocía entonces la envidia que rebaja el mérito ajeno. Para perpetuar la memoria de aquel acontecimiento, elevaron un templo que dedicaron á la fortuna de las mujeres. Los volscos, ayudados por los equos, volvieron al territorio romano; pero los equos no quisieron obedecer por más tiempo á Atcio Tulo, y los dos pueblos disputaron para saber cuál de ellos daría general al ejército confederado, promovándose una sedición que terminó en sangriento combate. En esta lucha tan desastrosa como obstinada, la fortuna del pueblo romano destruyó los dos ejércitos enemigos. Al año siguiente fueron nombrados cónsules T. Sicinio y C. Aquilio. Sicinio recibió el encargo de combatir á los volscos y Aquilio á los hérnicos, que también se habían levantado en armas. Aquel año fueron vencidos

los hérnicos, y con los volscos quedó dudosa la victoria. Después de éstos, fueron cónsules Sp. Cassio y Prócubo Virginio. Ajustóse un tratado con los hérnicos, por el cual perdieron dos terceras partes de su territorio. Proponíase Cassio dar la mitad de estos terrenos á los latinos y la otra mitad al pueblo; queriendo aumentar el regalo con algunas porciones usurpadas al Estado por particulares. Muchos patricios poseedores de aquellos bienes estaban alarmados por el peligro que corrían sus intereses; y el Senado entero temía por la república, viendo que un cónsul conseguía con sus generosidades influencia peligrosa para la libertad. Entonces se promulgó por primera vez la ley agraria, que, desde aquella época hasta la nuestra, jamás se ha recordado sin dar lugar á grandes trastornos. El otro cónsul, sostenido por los senadores, se oponía al repartimiento, y no tenía siquiera que luchar contra todo el pueblo, del que una parte comenzaba á mirar mal un regalo que se arrebatava á ciudadanos para compartirlo con aliados; además, frecuentemente oía al cónsul Virginio repetir en las asambleas, como vaticinando: «Que los favores de su colega estaban envenenados; que aquellas tierras serían para sus nuevos poseedores instrumentos de servidumbre; que se abrían camino para el trono. ¿Por qué tratar así á los aliados y á los latinos? ¿Por qué devolver á los hérnicos, en otro tiempo enemigos de Roma, la tercera parte del territorio que se les había conquistado, si no era para que aquellos pueblos pusieran á su cabeza en vez de Coriolano á Cassio?» El adversario de la ley agraria comenzaba, á pesar de su oposición, á ganar popularidad, y muy pronto uno y otro cónsul adularon al pueblo á porfía. Virginio declaraba que consentiría el repartimiento de tierras, con tal de que se diesen todas á ciudadanos romanos. Cas-

sio, á quien su desinteresada condescendencia con los aliados en la distribución de las tierras, había hecho despreciable á los ciudadanos, quería, para conciliarse los ánimos mediante otra dádiva, que se entregase al pueblo el dinero recibido por el trigo de Sicilia. Mas el pueblo rechazó con desprecio aquel donativo, como si lo considerase precio de la corona. Cuando esta sospecha arraigó en los ánimos, hacía despreñar, como en medio de la abundancia, las dádivas del cónsul, quien en cuanto salió del cargo, fué condenado á muerte y ejecutado, según consta como cierto. Pretenden algunos que su mismo padre ordenó el suplicio (1), que habiendo formado en su casa la causa, le hizo azotar y matar, consagrando su peculio á Ceres (2); por lo que se levantó una estatua con la siguiente inscripcion: *Dado por la familia Cassia*. Encuentro en otros historiadores, y me parece más verosímil, que los cuestores (3) Fabio y L. Valerio le acusaron de alta traición, condenándosele en juicio del pueblo, que mandó también arrasar su casa, quedando la actual plaza delante del templo de la Tierra. En último caso, que la sentencia la

(1) Cuando era nombrado un hijo para un cargo público, quedaba suspendido el ejercicio de la autoridad paterna, pero no lo extinguía, porque continuaba no solamente durante la vida del hijo, sino que también sobre su posteridad.

(2) El hijo no podía adquirir ninguna propiedad sin el consentimiento del padre, y su adquisición se denominaba peculio.

(3) Tito Livio menciona aquí los cuestores sin indicar la época en que se estableció esta magistratura. Los cuestores estaban encargados de la guarda del Tesoro y de la percepción de las rentas, conforme indica su nombre (*questor a querendo*). En tiempo de los reyes se establecieron dos cuestores urbanos. Su nombramiento, después de la expulsión de los Tarquinos, quedó encargado á los cónsules, y más adelante al pueblo, que los elegía en los comicios por curias. En el año 334 de Roma se crearon dos tribunos militares para que acompañasen al cónsul á la guerra. En el 488 se añadieron otros cuatro encargados de ad-

pronunciase su padre ó el pueblo, fué condenado bajo el consulado de Ser. Cornelio y L. Fabio. No duró mucho el enojo del pueblo contra Cassio, y la ley agraria (1), una vez desaparecido el autor, calmaba los ánimos. Aumentóse la avidez del pueblo, por efecto de la avaricia de los patricios que, después de una victoria conseguida aquel año sobre los volscos y los equos, defraudaron del botín á los soldados. El cónsul Fabio vendió cuanto se cogió al enemigo, y el precio lo llevó al Tesoro. La conducta del último cónsul había hecho el nombre de Fabio odioso al pueblo; sin embargo, los patricios consiguieron hacer nombrar á K. Fabio cónsul con L. Emilio. Aumentando la indignación popular, las turbulencias civiles atrajeron una guerra extranjera, que á su vez suspendió las turbulencias civiles. Por unánime movimiento, los patricios ministraron las provincias cuestoriales. Sila elevó el número á veinte y César á cuarenta. Por lo demás, antes de las leyes annales, para solicitar los honores, no se tenía en cuenta ni la edad, ni la importancia de las magistraturas; y he aquí por qué en el año 293 de Roma fué creado cuestor Quintilio, después de haber sido cónsul tres veces. Más adelante fué la cuestura el primer grado de los honores. Pero en la época en que nos encontramos estaban encargados de citar á comparecer delante del pueblo á los que se habían hecho culpables de algún crimen enorme.

(1) La proposición de la ley agraria fué el arma que, en manos de los tribunos, debía ofrecer grandes peligros á los patricios. El resultado de esta ley habría sido dar algo á los que no tenían nada. Proponer, como más adelante hizo Licinio Stón, el repartimiento igual de las tierras, es decir, de las fortunas, puesto que en Roma no había otra riqueza que las tierras, era pedir indirectamente la igualdad de derechos políticos, porque las leyes de Servio habían repartido los derechos políticos según las fortunas. He aquí por qué reapareció la ley agraria en todas las épocas de la república; por qué la combatió con todas sus fuerzas el Senado incesantemente, y por qué desapareció al fin bajo los emperadores, porque el imperio trajo la igualdad de todos bajo un señor.

y el pueblo marcharon contra los volscos y los equos, que habían empuñado las armas, y bajo las órdenes de Emilio alcanzaron brillante victoria; costando la derrota á los enemigos más vidas que el combate, tal fué el encarnizamiento de la caballería en la persecución de los fugitivos. Este mismo año, en los idus de Quintilis, tuvo lugar la dedicación del templo de Castor; en cumplimiento del voto que hizo el dictador Postumio en la guerra con los latinos, la ceremonia la presidió su hijo, nombrado duunviro para este efecto (1). Este año se empleó también el cebo de la ley agraria para atraerse los ánimos del pueblo. Los tribunos aumentaban la importancia de su magistratura por medio de esta popular ley. Los patricios, juzgando que la multitud se encontraba demasiado inclinada á la violencia por sí misma, temían que aquellas generosidades aumentasen la audacia y en los dos cónsules encontrasen jefes que dirigiesen enérgicamente la resistencia. Este orden triunfó aquel año y aseguró su victoria para el siguiente, dando el consulado á M. Fabio, hermano de Keesón, y á L. Valerio, más odioso aún á los plebeyos, por haber acusado á Cassio. En este año continuó la lucha contra los tribunos. La ley se presentó en vano, y en vano esgrimieron sus defensores aquel arma in-

(1) La dedicación de los templos iba acompañada de ceremonias religiosas, á las que presidía, bien el general que había hecho el voto de levantar el edificio sagrado, bien uno de los dos cónsules designado por la suerte, bien duunviros creados al efecto ó bien los duunviros encargados de los sacrificios. Sin embargo, algunas veces el pueblo, para demostrar su odio á los cónsules, ó para lisonjear á alguno de sus favoritos, confiaba esta misión á ciudadanos que no estaban revestidos de ninguna de estas dignidades. Así se ha visto la dedicación del templo de Mercurio hecha por el centurión del primer manipulo de los Triarios. Pero en este caso se necesitaba una orden del Senado ó una decisión de la mayoría de los tribunos del pueblo.

útil. El nombre de Fabio se hizo respetable después de tres consulados consecutivos que fueron casi una guerra continua contra el tribunado; así fué que aquella dignidad permaneció por algún tiempo en su familia, como no pudiéndose colocar mejor. La guerra contra los veyos comenzó muy pronto y otra rebelión de los volscos. Pero Roma tenía fuerzas superabundantes para las guerras extranjeras, empleando el exceso en las luchas intestinas. A tan funesta disposición de ánimos, uniéronse prodigios celestiales que en la ciudad y en los campos anunciaban diariamente nuevas amenazas. Los adivinos á quienes consultan oficial y privadamente sobre las entrañas de las víctimas y el vuelo de las aves, declaran que la cólera de los dioses no tiene otra causa que el descuido en los ritos sagrados. Estos terrores tuvieron por resultado la condenación de la vestal Oppia, sentenciada á muerte por violación de su voto (1).

Nombróse en seguida cónsules á Q. Fabio y á C. Junio. Este año no cesaron las discordias interiores, y la guerra exterior fué más terrible aún; los equos empuñaron las armas y los veyos devastaron el campo romano. Inspirando estas guerras creciente inquietud, nombraron cónsules á K. Fabio y á Sp. Furio. Sitiaban los equos á Ortona (2), ciudad de los latinos, y hartos de pillaje los veyos, amenazaban con sitiar á la misma Roma. Estos temores, que debían calmar el furor del pueblo, le irritaban más; volviendo á la costumbre de

(1) Dionisio de Halicarnaso la llama Opimia y dice que fué enterrada viva en el *Campo del Crimen*, cerca de la puerta Colina, y que sus dos cómplices sufrieron el suplicio de la *fureo*, descrito anteriormente. Estas eran las penas que se imponían á las vestales y á sus corruptores.

(2) Ciudad latina situada al otro lado del Algede, cerca de Corbión. Existía otra ciudad con el mismo nombre en el territorio de los Fretanos, con puerto de mar en el Adriático.

negarse al servicio militar. Impulsábale á esto el tribuno Sp. Licinio (1), que creyendo favorable el momento y asaz apremiante la extremidad en que se encontraban para imponer la ley agraria á los patricios, se propuso oponerse al alistamiento. Por esta razón todo el odio que inspiraba el tribunado se volvió contra él, y sus mismos colegas le fueron adversarios tan violentos como los cónsules, que con su auxilio consiguieron realizar la leva. Fórmanse dos ejércitos para las dos guerras: uno, á las órdenes de Fabio, marcha contra los equos; y el otro, mandado por Furio, marcha á combatir á los veyos. La guerra con éstos no ofreció nada notable, y en cuanto á Fabio, más tuvo que trabajar con sus soldados que con el enemigo. Aquel varón eminente, aquel cónsul sostuvo solo la república, á la que su ejército, por odio al cónsul, hacía traición en cuanto podía. Además de otras pruebas que dió de sus talentos militares, ora en los preparativos, ora en las operaciones de la guerra, tan perfectamente había preparado sus tropas, que un ataque de la caballería bastó para desbaratar al enemigo; pero la infantería rehusó perseguir á los fugitivos, insensible no solamente á las exhortaciones de un jefe odioso, sino hasta á su propia deshonor, á la vergüenza que iba á recaer por el momento sobre la república y á los peligros que les amenazaban á ellos mismos en el porvenir, si el enemigo se rehacía; obstináronse en no avanzar ni un paso, y ni siquiera consintieron en continuar formados en batalla. Sin recibir órdenes abandonan las filas, y tristes (se les hubiera creído vencidos), maldiciendo en tanto al cónsul, en tanto el ímpetu de la caballería, volvieron al campamento. El general no encontró medio contra el

(1) En esta época la familia Icilia dió al pueblo considerable número de tribunos, enemigos encarnizados de los patricios.

contagio de aquel ejemplo tan cierto es que los hombres más eminentes con más facilidad encuentran el modo de vencer al enemigo que el de regir á los ciudadanos. El cónsul regresó á Roma, habiendo aumentado menos su gloria que irritado y exasperado el odio de sus soldados contra él. Sin embargo, los patricios tuvieron bastante influencia para conservar el consulado en la casa de los Fabios, nombrando cónsul á M. Fabio, al que dieron por colega á Cn. Manlio.

Este mismo año se presentó otro tribuno para sostener la ley agraria, siendo éste Ti. Pontificio. Siguiendo el mismo camino que Sp. Licinio, como si hubiese triunfado, detuvo por algún tiempo los alistamientos. Los senadores se perturbaron de nuevo, pero Ap. Claudio les dijo: «Que el año anterior había sido vencido el poder tribunicio; que en el presente lo estaba por el hecho mismo y para el porvenir por el ejemplo, puesto que se había descubierto que podía disolverse por sus propias fuerzas; que siempre se encontraría algún tribuno dispuesto á triunfar de su colega, y por el bien público á granjearse el favor del orden más eminente; que si eran necesarios muchos, muchos estarían dispuestos á sostener á los cónsules, pero que no necesitaban más que uno contra todos los demás; que el trabajo de los cónsules era y de los patricios más influyentes ganar, si no todos los tribunos, al menos algunos, á la causa de la república y del Senado.» Siguieron los padres el consejo de Appio; todos hablaban á los tribunos con dulzura y benevolencia; los consulares, según tenían más ó menos derechos sobre cada uno en particular, consiguieron, unos por afecto y otros por autoridad, que no empleasen las fuerzas tribunicias sino en provecho de la república. Secundados por cuatro tribunos contra el único que estorbaba el servicio público, consiguieron los cónsules hacer el alistamiento.

to. En seguida marcharon contra los veyos, que habian recibido socorros de todos los puntos de la Etruria, menos quizá por el interés que inspiraban que con la esperanza de ver destruída Roma por sus discordias intestinas. Los jefes de la Etruria repetían en todas las asambleas de los pueblos: «Que el poder de Roma sería eterno sin las sediciones en que se desgarraban los romanos; que este era el único veneno, el único principio mortal que puede destruir los estados opulentos; que esta calamidad, largo tiempo comprimida por la sabiduría de los padres y por la paciencia del pueblo, había llegado á su último periodo. De una ciudad se habían hecho dos, teniendo cada una sus magistrados y sus leyes; que al principio se había desencadenado el furor con ocasión de los alistamientos, pero que una vez en campaña, todavía obedecían al general. Por esta razón, cualquiera que fuese el estado interior de la ciudad, había podido conservar su poder, porque se había conservado la disciplina militar; pero que ahora los soldados romanos desobedecían en el mismo campamento á sus magistrados. En la última guerra, en el campo de batalla, en el momento del combate, el ejército, por unánime consentimiento, había dado la victoria á los etruscos, vencidos ya; había abandonado las enseñas y á su general durante la batalla, regresando al campamento sin esperar orden ninguna. Así, pues, á pocos esfuerzos que se hiciesen, Roma quedaría vencida por sus propios soldados, bastando declararle, indicarle la guerra: los hados y los dioses harían espontáneamente lo demás.» Esta esperanza había armado á los etruscos después de tantas alternativas de victorias y derrotas.

Los cónsules romanos nada temían tanto como sus fuerzas, su ejército. El recuerdo del pésimo ejemplo dado durante la última guerra les contenía para no aventurarse tanto, para tener que temer dos ejércitos á la

la vez. Por esta razón, encerrados en el campamento, evitaban el combate, temiendo doble peligro: tal vez el tiempo ó alguna circunstancia fortuita calmaría los enojos y sanaría los ánimos enfermos. Pero esta conducta aumentó la presunción de los veyos y los etruscos, que desafiaban á los romanos al combate, y en primer lugar para provocarles paseaban á caballo alrededor del campamento; y después, viendo que no conseguían nada, increpaban al ejército y á los mismos cónsules, diciéndoles que para disimular su terror fingían estar dominados por discordias intestinas, desconfiando los cónsules mucho más del valor de sus tropas que de su obediencia. Nuevo género de sedición, el silencio y la quietud entre hombres armados. Después vinieron las chanzas, fundadas ó no, acerca del origen reciente de los romanos y de la obscuridad de su raza. Estos insultos, que resonaban al pie mismo de las empalizadas y hasta en las puertas del campamento, los soportaban los cónsules con secreta satisfacción. Pero la multitud, que no podía comprender la impasibilidad de los jefes, se sentía dominada por la indignación y la vergüenza, y poco á poco olvidó las discordias intestinas. No quieren dejar impune la insolencia de los etruscos; tampoco quieren asegurar el triunfo de los patricios y de los cónsules; en sus ánimos luchan el odio á los extranjeros y el odio á los enemigos domésticos; al fin triunfa el odio á los extranjeros: tanto orgullo é insolencia en sus sarcasmos mostraba el enemigo. En tropel rodean los romanos el pretorio; piden el combate y quieren que se dé la señal. So pretexto de deliberar, se retiran los cónsules y prolongan la conferencia. Deseaban combatir, pero les convenía reprimir y ocultar el deseo, para que su resistencia y dilaciones diese nuevo impulso al valor, tan excitado ya, de los soldados. Al fin contestaron que la petición era prematura;

que aún no es tiempo de combatir; que era preciso permanecer encerrados en el campamento. En seguida se prohibe el combate por medio de un edicto: «El que combata sin esperar la orden, será tratado como enemigo.» Despedidos de esta manera, los soldados, que estaban convencidos de la repugnancia de los cónsules por el combate, sienten mayor entusiasmo guerrero. Por otra parte, los enemigos se acercan con mayor arrogancia en cuanto se enteran de la prohibición de los cónsules. En adelante quedarían impunes los insultos; ya no se atrevían á poner las armas en manos del soldado: muy pronto terminarían las sediciones con violenta explosión: el poderío romano tocaba á su término. Fortalecidos con esta esperanza, acuden á las puertas, abruman con injurias al ejército, y apenas pueden resistir el deseo de atacar el campamento. Los romanos no podían ya resistir aquellas injurias, y de todos los puntos del campamento acudieron ante los cónsules. No es ahora, como la primera vez, con respeto y por la mediación de los centuriones principales como presentan su petición, sino que todos piden á gritos. Había llegado el momento; sin embargo, los cónsules tergiversan aún. Viendo al fin Fabio que aumentaba el tumulto, y á su colega próximo á ceder, por temor de una sedición, manda á las trompetas tocar á silencio y dice á su colega: «Yo sé, Cn. Manlio, que estos soldados pueden vencer; pero ignoro si quieren, y ellos mismos han dado lugar á la duda. Por esta razón he resuelto firmemente no dar la señal del combate hasta que juren no volver sino vencedores. Los soldados han podido engañar una vez á su general en el campo de batalla, pero no engañarán á los dioses.» Entonces un centurión, M. Flavoleyo, uno de los más ardientes en pedir el combate, exclamó: «M. Fabio, volveré vencedor de la batalla.» Si falta á la palabra, invoca sobre su

cabeza la cólera de Júpiter y de Marte, padre de los combates y de todos los otros dioses. Todo el ejército repitió después de él el juramento y las imprecaciones; y entonces se dió la señal: empuñan todos las armas y corren al combate henchidos de valor y de esperanza. Injúrienles ahora los etruscos, que aquel enemigo, tan atrevido de lengua, venga á afrontarlos ahora que se encuentran armados. Aquel día rivalizaron en valor patricios y plebeyos; pero los Fabios se distinguieron entre todos; las luchas intestinas les habían enajenado el afecto del pueblo y quisieron reconquistarlo en el combate. Formóse el ejército en batalla; los veyos y los etruscos no rehusan el combate.

Esperaban casi con certeza que los romanos no combatirían con ellos más que con los equos, y hasta creían poder contar con alguna resolución más ruidosa todavía en el estado de exaltación en que se encontraban los ánimos en aquella ocasión mucho más ventajosa. El resultado fué muy distinto. En ninguna guerra empuñaron los romanos con más encarnizamiento la batalla; tan exasperados les tenían los insultos del enemigo y las dilaciones de los cónsules. Apenas tuvieron los etruscos tiempo para desplegarse; en cuanto en el primer choque lanzaron los dardos, más al azar que con acierto, vinieron á las manos, acometiendo con las espadas, género de combate en el que Marte es más terrible. En la primera fila daban los Fabios hermoso espectáculo, elocuente ejemplo á sus conciudadanos. Uno de ellos, Q. Fabio (cónsul tres años antes) avanzaba el primero contra las apretadas filas de los veyos, cuando un soldado etrusco, orgulloso con su fuerza y su destreza, le sorprende en medio de un grupo de enemigos y le atraviesa el pecho con su espada; Fabio se arranca el acero de la herida y cae. La caída de un solo hombre se hace sentir en los dos ejércitos; los romanos comenza-

ban ya á ceder, cuando el cónsul M. Fabio se lanza más adelante del caído, y presentando su escudo al enemigo exclama: «Soldados, ¿habéis jurado volver fugitivos al campamento? ¿Teméis más á cobardes enemigos que á Júpiter y Marte, por quienes habéis jurado? En cuanto á mí, que nada he jurado, volveré vencedor ó caeré á tu lado, Q. Fabio.» Entonces K. Fabio, cónsul el año anterior, dirigiéndose á Marco: «¿Crees, hermano mío, que conseguirás con palabras que combatan? Solamente lo conseguirán los dioses, testigos de su juramento. En cuanto á nosotros, como compete á los próceres, como es digno del nombre de los Fabios, procuremos con nuestro ejemplo, más bien que con exhortaciones, inflamar los ánimos de los soldados.» En seguida corren á la primera fila los dos Fabios, empuñando las lanzas, arrastrando en pos á todo el ejército.

Restablecido por este lado el combate, en el otro extremo luchaba con igual vigor el cónsul Cn. Manlio, mostrándose la fortuna casi lo mismo. Mientras Manlio, lo mismo que Q. Fabio en la otra ala, estrechaba al enemigo, casi derrotado ya, los soldados le habían seguido con ardor; pero cuando una herida grave le obligó á retirarse del campo, persuadidos de que había muerto, comenzaron á ceder, y hasta habrían emprendido la fuga si el otro cónsul no hubiese acudido á toda brida con algunas turmas de caballería, y gritando que su colega vivía aún, y que él mismo, victorioso en la otra ala, acudía á sostenerles, no hubiese detenido con su presencia la derrota. Manlio se presentó también para restablecer el combate. La presencia de los dos cónsules, á quienes conocían bien, inflamó el valor de los soldados; por otra parte, la línea del enemigo había perdido ya parte de su fuerza; porque confiando en la superioridad del número, había separado su reserva, enviándola á sitiar el campamento. Esta lo tomó al



asalto sin mucha resistencia; pero mientras olvida el combate para no ocuparse más que del botín, los triarios romanos (1), que no habían podido resistir el primer choque, hacen avisar á los cónsules lo que ocurre; y en seguida, replegándose en derredor del Pretorio (2), vuelven ellos mismos al ataque. Entre tanto regresó al campamento el cónsul Manlio, coloca soldados en todas las puertas y cierra toda salida al enemigo. La desesperación inflama á los toscanos, inspirándoles más rabia que audacia; y después de intentar inútilmente muchas veces escapar por los puntos por donde esperaban encontrar salida, un grupo de guerreros jóvenes se arroja sobre el mismo cónsul, á quien reconocen por la armadura. Los primeros dardos los pararon los que le rodeaban; pero muy pronto no pudieron resistir tan vigoroso empuje; el cónsul, herido mortalmente, cayó y todo se desvaneció. Entonces redobló la audacia de los toscanos; los romanos corren aterrados de un extremo á otro del campamento, y el mal iba á quedar sin remedio, si los legados, después de retirar el cadáver del cónsul, no hubiesen abierto una puerta para dar paso al enemigo, que se precipitó por aquella salida; pero esta gente en desorden encontró en su fuga al otro cónsul victorioso, que la destroza y pone en dispersión. Gloriosa era la victoria, pero entristecida por dos grandes pérdidas. Por esta razón contestó el cónsul, cuando el Senado le concedió el triunfo: «Que si el ejército podía triunfar sin el general, accedía de buen grado, en atención á su brillante comportamiento en aquella guerra; pero que en cuanto á él, cuando su familia estaba contristada por la muerte de Q. Fabio, cuando la república estaba

(1) Dábase este nombre á la tercera línea ó cuerpo de reserva.

(2) Llamábase así el paraje del campamento donde tenía su tienda el general.

huérfana de uno de sus cónsules, no aceptaría un laurel marchitado por el duelo público y por el de su familia. Este triunfo rehusado fué más glorioso para él que todo el aparato de la pompa triunfal; tan cierto es que la gloria oportunamente rehusada, viene á ser más brillante y más hermosa. Fabio celebró en seguida los funerales de su colega y de su hermano. Encargado de pronunciar el elogio fúnebre de uno y otro, les concedió las alabanzas que habían merecido, cuya mayor parte recaía sobre él. Prosiguiendo constantemente el proyecto que había formado á su entrada en el consulado de reconquistar el cariño del pueblo, repartió la asistencia de los soldados heridos entre las familias patricias, dando el mayor número á los Fabios, y en ninguna parte se les cuidó mejor. Desde entonces fueron populares los Fabios, debiendo la popularidad á medios saludables para la república.

Así, pues, K. Fabio, á quien los votos del pueblo y los senadores habían llevado al consulado con T. Virgínio, resolvió no ocuparse de guerras ni de alistamientos ni de ningún otro cuidado hasta que hubiese establecido la concordia ante todo, como podía esperarse y reconciliado al pueblo con los patricios. Con esta intención, desde el principio del año propuso al Senado que no esperase á que un tribuno exhibiese una ley agraria, sino que se adelantase y repartiese al pueblo, con la mayor igualdad posible, las tierras conquistadas al enemigo. «Justo es, decía, que las posean aquellos que las han adquirido con su sudor y su sangre.» Los senadores rechazaron desdeñosamente la advertencia, llegando algunos á lamentar que el carácter tan enérgico antes de Kæson se hubiese ablandado y rebajado bajo el peso de su gloria. Sin embargo, durante aquel año no hubo ninguna turbulencia civil. Los latinos estaban cansados de las incursiones de los equos; Kæson,

á quien enviaron en su socorro con un ejército, penetró á su vez en el territorio de los equos y lo devastó. Entonces se encerraron en su ciudad y se mantuvieron ocultos detrás de sus murallas, de suerte que no hubo ningún combate notable. Mas por la parte de los veyos, experimentóse grave descalabro por la temeridad del otro cónsul, y hubiese quedado destruído el ejército de no acudir Kæson Fabio á socorrerlo. Desde aquel momento no estuvieron con los veyos ni en paz ni en guerra, y las hostilidades se convirtieron en latrocinios. Si se enteraban de que las legiones romanas se habían puesto en campaña, se retiraban á sus ciudades; y en cuanto sabían que se habían alejado, volvían á sus saqueos, oponiendo alternativamente la inacción á la guerra y la guerra á la inacción, siendo por tanto igualmente imposible abandonar aquella lucha y ponerla fin. Tenían además que ocuparse de otras guerras, porque los equos y los volscos, que no descansaban más que el tiempo necesario para olvidar la última derrota, estaban de nuevo en armas; y por otra parte podía preverse que los sabinos, enemigos constantes, se moverían muy pronto lo mismo que toda la Etruria. Los veyos, enemigos más importunos que temibles, más insolentes que peligrosos, inquietaban sin embargo los ánimos, porque no podían olvidarles en ningún tiempo, y no dejaban que se fijase la atención en otra parte. En estas circunstancias se presentó en el Senado la familia de los Fabios; hablando el cónsul en nombre de ella: «Sabéis, padres conscriptos, que la guerra con los veyos exige fuerzas activas, más que fuerzas considerables. Ocupaos de otras guerras y opond los Fabios á los veyos. Esperamos que no padecerá en nosotros la majestad del nombre romano. Esta guerra, que será para nosotros como un asunto de familia, la sostendremos á nuestra costa. Que la república lleve á otra parte sus

soldados y su dinero (1).» Diéronles gracias expresivas, y el cónsul, al salir del Senado, regresó á su casa, acompañado por el grupo de los Fabios que habían estacionado en el vestibulo de la Curia, esperando el senatus-consulto. Habiendo recibido la orden de presentarse armados á la mañana siguiente en la puerta del cónsul, se retiraron á sus casas.

La noticia conmovió la ciudad, ensalzándose á las nubes á los Fabios. «Una familia tomaba sobre sí la carga que pesaba sobre toda la república. ¡Convertida la guerra con los veyos en asunto particular! Si en Roma existieran dos familias iguales, y una pidiese para sí los volscos y otra los equos, sin perder la república su tranquilidad, pronto vería sometidos á todos los pueblos vecinos.» A la mañana siguiente empuñaron las armas los Fabios y se reunen en el punto designado. El cónsul, revestido con la clámide de general, sale y encuentra á toda su familia formada en batalla: colócase en el centro y manda alzar las enseñas. Jamás se había visto desfilar en Roma un ejército más pequeño ni más grande por su fama y por la admiración pública. Trecientos seis guerreros, todos patricios, todos de la misma familia (2), de los que ni uno solo se hubiese considerado indigno de presidir el Senado en sus mejó-

(1) Dionisio de Halicarnaso explica mejor que Tito Livio el ofrecimiento de la familia Fabia. El Senado había decretado mantener un ejército estacionario en las fronteras del territorio romano. Pero á la ejecución de esta medida se oponían dos obstáculos: por una parte la falta de dinero, porque las guerras anteriores habían agotado el tesoro, y por otra el peligro y fatiga de aquel servicio, que de tal manera asustaba á los ciudadanos, que se presentaban muy pocos para alistarse. Esto fué lo que movió á los Fabios á hacer su ofrecimiento.

(2) Dionisio de Halicarnaso refiere el hecho de modo mucho más verosímil. Según él, un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres, amigos ó clientes de los Fabios, marcharon contra el enemigo á las órdenes de esta familia.